

Excita sin contemplación las pasiones de aquel hombre, acostumbrado á los éxitos, mimado por la fortuna, difícil de contentar, ardiente en la lucha, y capaz de todo, antes que quedarse á la mitad del camino de su objeto.

La manera de ir conociendo á Lucrecia irrita aún más sus deseos. Apenas si ha vislumbrado su cara, si sabe que es bonita, y la curiosidad entra por mucho en su malestar amoroso. La adivina tan sólo; ¿qué dirá, qué pensará, qué sufrirá el día en que le sea permitido contemplar aquella preciosa cabeza admirada de todo París?

Es de presumir que Lucrecia Vitel hará la conquista del barón. A una señal suya se echará á sus pies, y como es probable que no se levante de ellos, sufrirá las torturas que le tiene preparadas. Después, satisfecha, vengada, el señor Vitel

le borraré de su lista, de su libro mayor, y al lado de su nombre y de la injuria consignada, al margen escribiré esta palabra: «pagó».

¡Ah, no! El asunto no terminó así.

### XIX

En la penúltima semana del Carnaval, que el barón de Roizel pasaba bastante alegremente, la baronesa hablaba de los bailes de la Ópera con una amiga:

—Os aseguro, querida—decía la señora de B.—que una mujer honrada puede una vez ó dos, por curiosidad, ir á ese sitio. Se pinta con colores más negros de lo que es en realidad. No hablo, es claro, del vestíbulo y de los pasillos, que se pueden atravesar para formarse idea de ellos,



y que, según los aficionados, presentan á veces un aspecto algo... accidentado. Hablo de los patios donde está uno como en su casa, lejos del bullicio, de las frases obscenas y de los brazos demasiado dispuestos á enlazarse con cualquiera. Desde esos sitios reservados se oye la orquesta, que es de las más atractivas, se goza un golpe de vista mágico y se abraza el conjunto sin que el pudor tenga que sufrir nada por algún detalle escabroso.

—Pero, querida—dijo sonriéndose la señora de Roizel,—parece que no habláis de eso tan sólo de oídas por lo que insinuáis. Estáis al corriente hasta de los detalles... escabrosos, según decís. Vamos, confesadlo con franqueza, ¿habéis estado alguna vez en ese antro?

—Sí, tres veces seguidas en este invierno, con mi marido. ¿Estáis satisfecha?

—Seguramente; ¿y vos lo estáis?

—Yo he quedado encantada, y volvería si me acompañaseis.

—¡Oh, no!—exclamó la baronesa asustada.

—Después de lo que he dicho, esa negativa y esa indignación me ofenden.

—No es indignación, es temor. Estoy convencida de que me moriría de miedo entre aquellas máscaras y aquellos dominós.

—¡Vos, que sois tan resuelta, tan valiente!

—Soy valiente para ciertas cosas, pero para eso no.

—Pues no veo—siguió diciendo la señora B...—qué puede temer una mujer que vaya del brazo de su marido.

—¿Qué decís?—exclamó la señora de Roizel.

—He dicho del brazo de su marido—añadió la señora B...



—¿Y creéis que el barón me llevaría al baile de la Opera?

—¿Y por qué no?

—Execra ese... establecimiento; dice de él lo peor que hay, no ha puesto nunca los pies en él antes de conocerme á mí.

—¿Y después?

—Después, mucho menos. Y queréis que...

—No quiero nada.

La señora de B... se dijo que era prudente no insistir, y trató de cambiar de conversación. No pudo conseguirlo. Fué más fuerte que ella. No había pasado un segundo y volvía á empezarla en estos términos:

—¿Estáis segura de que vuestro esposo no ha puesto los pies en el baile de la Ópera en este invierno?

—¿Que si estoy segura? Segurísima. ¿Por qué me preguntáis eso?—añadió con

una ligera inquietud de que no se daba cuenta.

—Por nada—dijo la señora B... con cierta turbación.

—Además—replicó la baronesa, que trataba de saber más,—admitiendo que mi marido no experimentase un santo horror por los bailes en cuestión, no tendría materialmente tiempo de ir á ellos en este Carnaval. ¿No se verifican los sábados?

—Sí, según creo; mañana habrá uno, hoy es viernes.

—Pues el nuevo cargo que desempeña le ocupa tanto tiempo, que todos los sábados se ve obligado á pasar parte de la noche en la oficina para examinar y poner al corriente los asuntos de la semana. Me deja á las diez y no vuelve hasta las dos ó las tres de la mañana.

Una sonrisa se dibujó en los labios de la señora de B...



—La semana anterior le hice notar que trabajaba mucho. Estaba pálido, tenía algo de fiebre, y el pulso agitado.

La sonrisa de la señora B... se dibujó más claramente; se llevó á la boca el pañuelo con el objeto de disimular la risa, que se empeñaba en hacerse ruidosa. La Ópera la había corrompido, encontraba á la baronesa un poco tonta.

Esta, por inocente que fuese, había sorprendido la sonrisa y quería explicaciones.

Como vacilaba en dárselas, su naturaleza meridional, algo violenta y muy viva, recobró sus fuerzas y la hizo olvidar la reserva que la sociedad impone. Amenazó á su amiga con su enfado, si después de haber despertado sus sospechas se negaba á hablarla con el corazón abierto, con toda franqueza.

La señora de B... declaró que le violentaba mucho; protestó contra la tortura

á que se sometía su discreción, y satisfecha con esas reservas, se entregó de buen grado. Acaso no hubiese ido á visitar á la señora Roizel con más objeto que hacerla esas confidencias.

La baronesa estuvo poco después al corriente de lo que hacía su marido, desde que había empezado el Carnaval. No sólo iba á la Ópera todos los sábados, sino que se encerraba en un palco en compañía de un dominó, y siempre con el mismo, lo cual era más grave.

La señora de Roizel preguntó naturalmente si conocían al dominó que se acusaba. La señora de B... confesó su ignorancia y la de sus amigos acerca de ese punto, entregándose inútilmente á toda clase de comentarios y á pesquisas muy activas acerca de la persona en cuestión.

Pálida, agitada, con las facciones descompuestas, la baronesa dió gracias á su



amiga por haberse violentado á vencer los escrúpulos de su discreción, para darle un golpe tan terrible. Después, cuando se quedó sola, llamó á su doncella, hizo que la vistiese, pidió un coche y dió orden de que la llevasen al Ministerio. Quería dar al barón un escándalo terrible, á solas en su despacho, ó delante de sus subordinados, poco la importaba. Hasta si fuese preciso, estaba dispuesta á arrancarle los ojos, y aguzaba las uñas.

El aire libre, en el trayecto que mediaba desde su casa al Ministerio, hizo que la calma venciese su espíritu. Ella se decía, que obedeciendo á la cólera, que dejándose dominar por su carácter irascible, iba á dar un mal paso.

¿Qué podría saber, si empezaba por enseñar su juego á su esposo y si desde el primer momento le hacía ponerse en guardia contra ella? No se atrevería evidente-

mente á volver á la Ópera y darla allí sus citas; pero seguiría teniéndolas en otra parte, en un sitio que no pudiese descubrir ella. En cuanto á su rival, no la conocería nunca si obraba de ese modo; y deseaba mucho conocerla para... matarla, si no podía hallar otro suplicio; ¡porque la muerte no hace padecer todo lo que ella quisiese! Fué alguna mujer celosa, sin duda, la que inventó el tormento.

Si el barón protestaba de su inocencia afirmaba ser víctima de parecerse á algún otro que iba al baile, pero que no era él; y si decía que le calumniaban, ¿cómo podía sostener su acusación? ¿Qué testigos podía invocar? ¿La señora de B... se atrevería á sostener lo que había dicho delante del culpable? Daría cualquier pretexto, saldría por una puerta falsa y quedaría ella sola frente á su marido, cuya cólera veía, fría, silenciosa, implacable, horrible.



¿No era más derecho callarse, hacerse la tonta, y al día siguiente, sábado, ir á la Ópera, buscar al barón y sorprenderle en flagrante delito de perfidia y de traición? No podría entonces decir que era una calumnia, ni incomodarse bajo pretexto de que era injusta con él. Además, una mujer celosa no vacila en arrancar la máscara con que se cubre una rival: la baronesa conocería por este medio á alguna amiga que la hacía traición á ella, ó recordando los rasgos de su fisonomía, sabría encontrarla para vengarse de ella.

Unos cuantos minutos antes de llegar al Ministerio, su resolución estaba tomada, y sus proyectos en suspenso: hizo al cochero desandar el camino, y entró en su casa.

Aquella mujer tímida, que cuando la hablaban de ir á la Ópera, aun del brazo de su marido, se indignaba, no pensaba

ya en asustarse, sino en ir ella sola. Los celos hacen ser valientes á los más tímidos.

## XX

Al día siguiente, después de haber comido los dos esposos solos, y durante cuya comida, á fuerza de voluntad, llegó á aparentar una tranquilidad completa, la señora Roizel dijo á su marido:

—¿Y esta noche me dejáis sola también?

—Del todo no; estaré contigo hasta las once ó hasta las doce, si quieres.

—¿Y después?

—¡Ah! después, tengo que trabajar gran parte de la noche.